

RAQUEL VASQUEZ GILLILAND

Traducción de Eva Pérez Muñoz



Primera edición: julio de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez

Coordinación editorial: Alejandra González

Dirección de arte: Lara Peces

Título original: *How Moon Fuentez Fell in Love with the Universe*

Traducción del inglés: Eva Pérez Muñoz

© del texto: Raquel Vasquez Gilliland

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz

© Ediciones SM, 2023

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-1962-111-5

Depósito legal: M-7849-2023

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A las mujeres y niñas Vasquez,
Villanueva, Tristán, Fernández y Mendosa:
Katarina, Rosa, María Raquel, Ofelia (Nana),
Margaret, María Elena (mamá),
Jessica, Aries, Sophia, Daniella, Aria,
y a todas las que nos precedieron
y a todas las que están por venir.
Ojalá reconozcamos siempre nuestros milagros.*

Mi arte se basa en la creencia de una energía universal que corre a través de todas las cosas: del insecto al hombre, del hombre al espectro, del espectro a las plantas, de las plantas a la galaxia.

ANA MENDIETA

1.

El enorme y disparatado principio de todos los principios

TODO TIENE UN PRINCIPIO. Y no me refiero solo a cosas como la tienda en la que encargué mi colgante con la piedra de luna, o dónde se hizo, o incluso de dónde se extrajo la piedra. Aunque también es bonito pensar en eso, ¿verdad? Quizá la sacaron de una cueva inhóspita y profunda llena de piedras de luna. Pero no, no hablo de eso.

Ni siquiera estoy hablando de mí o de mi melliza o, ¡puaj!, de dónde vienen los niños. Me refiero al principio de todo. Porque este enorme e inabarcable universo tuvo un comienzo. Hablo del momento exacto en que todo, toda la materia, convergió en una partícula de una trillonésima parte del tamaño de un punto. Dejádme que lo repita, porque yo misma apenas soy capaz de entenderlo.

Todo lo que existe en los miles de millones de galaxias, incluida la Tierra, con nuestros mares salados salpicados de ballenas, las manadas de elefantes esparcidos en el horizonte

como perlas grises y los montones de chatarra tecnológica que se acumulan aquí y allá desde, ¿cuándo?, ¿los años ochenta? Los platos de arroz con pollo, las lonchas casi fucsias de salmón ahumado sobre un *bagel*, los rascacielos y los miles de millones de organismos microscópicos que hay en unos centímetros de tierra. Todo, hasta el último átomo, electrón y cucharada de helado de tarta de queso con fresas, fue una vez una fracción de una fracción de un punto. No sé cómo los científicos han llegado a esa conclusión con tanta certeza, pero lo han hecho. Quizá, si hubiera seguido leyendo *Astrofísica para gente con prisas*, ahora lo entendería, pero no pude continuar, no después de esta frase. Guardé el libro, y lo siguiente que supe fue que mi préstamo de la biblioteca había caducado, y no me atreví a sacarlo de nuevo. Es algo tan abrumador...

¡Un punto! ¡Un punto! Seguro que uno con un tamaño de fuente de diez o similar. ¿Te imaginas lo que debía pesar? O si lo hubieras cogido con la mano, ¿el agujero que podría haberte hecho? Tu madre podría haberte dicho algo así como: «Vaya, Moon, ¿qué has hecho ahora?». Si le hubiera importado, claro. Y tú le habrías respondido: «Oh, sí, solo estaba intentando comprobar si era capaz de levantar esta partícula que contiene TODO. No pasa nada», como si a ella le importara.

A veces pienso: ¿y si pudiera volver al principio? ¿Qué haría? ¿Trataría de tocar esa pequeña partícula de magma solo para decir que lo intenté? O tal vez me quedaría mirando ese principio de todos los principios y le preguntaría: «¿Por qué narices siguen teniendo La Raíz las mujeres de nuestra familia?». La misma razón por la que soy la hermana fea y no deseada. Puede que hasta me permitiera otra pregunta más,

relacionada con la anterior: «¿Por qué, por qué, por qué no dejé La Raíz en el tarro tallado de leche donde mi madre la desterró, en el alféizar de la ventana de su cuarto de baño?

Todavía recuerdo ese instante como si hubiera sucedido ayer mismo. A pesar de que mi madre nos hizo prometer con una mano en su Biblia y la otra prácticamente en las tumbas de todos nuestros antepasados que nunca, nunca, jamás tocaríamos ese tarro, me puse de puntillas, agarré el tarro blanco y le quité la tapa. Y con ese acto, por lo visto, volví a liberar toda la porquería en nuestra línea de sangre. Como si fuera una pequeña Pandora en prácticas. Por supuesto, en un primer momento no sucedió nada. Es más, me pasé años pensando que mi madre nos había mentado.

Pero luego tuve mi primera relación sexual.

Aunque eso es otro principio que dejaremos para otro momento.

¿Sabéis qué? Todo este principio es trascendental para el contexto de, digamos, mi vida entera. Así que...

2.

Al comienzo, estaba La Raíz

SEGÚN LA VENA CATÓLICA de mi madre, cuando Eva comió la fruta del árbol prohibido maldijo a todas las mujeres. Aunque, por lo visto, responsabilizar a un solo género de la caída en desgracia de la humanidad no era suficiente castigo, así que Dios se aseguró de condenarnos con esta loca e incontrolable tendencia a los milagros. Y no cualquier milagro. Milagros raros. O malos, como dice mi madre.

La Raíz o La Maldición, como a veces la llama mi madre, fue eliminada de todas las familias. De todas, excepto de la nuestra.

Cuando teníamos doce o trece años, mi madre nos contó algunos detalles más sobre ella.

—La Raíz se desata con la primera relación sexual —nos susurró. Aunque pronunció la palabra «sexual» en un murmullo todavía más bajo, apenas audible, como si decirla en voz alta hubiera hecho que el Señor, nuestro Padre, le lanzara un rayo o la condenara a beber café con leche agria para el resto de sus días.

—¿Y entonces qué pasa? ¿Qué quieres decir con lo de los milagros malos? —le pregunté.

—Eso da igual. Yo conseguí detenerla —respondió mi madre con orgullo. Sus ojos resplandecían, su piel se veía suave bajo la cálida luz, recordándome a la arena de una playa lejana, bañada por los últimos rayos del atardecer. Fue la última vez que la vi tan guapa—. La saqué de mi interior —explicó—, y la encerré aquí.

Levantó el tarro. Alto, estrecho, de porcelana, con un árbol tallado en él. En las ramas del roble había gotas de un tono gris claro. El artista lo había tallado hasta las raíces, como si fueran serpientes enroscándose en el núcleo de la Tierra. Era impresionante.

Y ese fue el momento en el que Star y yo recibimos la advertencia, mientras nos apuntaba a la cara con sus dedos índice.

—Nunca toquéis este frasco. Es exactamente igual que con el árbol del conocimiento del bien y del mal. Y ya sabemos lo que sucedió cuando Eva desobedeció a nuestro Santo Padre.

Star estuvo completamente de acuerdo en dejarlo tal y como estaba. Por más que me esforcé en convencerla para que le echásemos un pequeño vistazo, siempre hacía un gesto de negación con la cabeza.

—No, Moon. Nosotras no somos así. Somos mejores que Eva.

Tuvieron que transcurrir unos cuantos años, después de que mi padre se fuera y pasáramos ese libre y glorioso verano en la casa de mi tía en Nueva Orleans, para que me decidiera a abrirlo por mi cuenta. No pude evitarlo; una frase que

resume muchas de las malas decisiones que he tomado en la vida. Sí, soy como Eva. Sabía que la fruta prohibida estaría deliciosa, que sabría mejor que cualquier otra cosa que hubiera probado antes; mejor incluso que los plátanos dulces fritos con su borde dorado y caramelizado. Por alguna razón, supe que merecería la pena.

Pero ¿sabéis qué? Ese precioso tarro de leche estaba vacío. Tan vacío que habría cabido un universo entero dentro, junto con las zarzamoras y las ballenas azules cantando.

Tanto alboroto para un vacío absoluto.

O eso creía yo.

3.

*En algunas partes del país,
las flores de luna se consideran
malas hierbas*

TÍA ESPERANZA DICE que la razón por la que no estoy integrada en la familia no tiene nada que ver con La Raíz; es que aún sigo siendo salvaje, eso es todo. Y, por lo visto, por eso no soy una mala hierba, condenada a ser ignorada como un patrón interminable de aburridos dientes de león. No. Soy una flor de luna silvestre que, de algún modo, consiguió colarse entre rosas rojas perfectas, con gruesos pétalos que podrían confundirse con orbes. Algo que suena muy bien hasta que te das cuenta de que la persona que se encarga de cuidar las rosas en mi vida (mi madre) está esperando a que llegue el momento oportuno para arrancarme del frondoso ramo y arrugarme todo lo posible antes de arrojarme a la basura.

Así es como me siento la mitad del tiempo. La otra mitad, solo soy Moon Fuentes, hermana melliza de Star, hija de Celestina y William (quien, en términos de flores, bien podría ser la tierra).

Lo único que tenemos en común mi hermana y yo, aparte de nuestros ridículos nombres, es nuestro amor por las flores. Star las recibe de sus muchos muchos (muchísimos) pretendientes; ramos tupidos, de colores a juego que hacen que la clásica docena de rosas parezca arena para gatos. Hablo de lirios perfectos con el aspecto de haber sido sumergidos en polvo de estrellas, de esas raras flores de las suculentas que se deben de vender por un riñón en las subastas de plantas, y de lirios barbados y azules, casi blasfemos por su belleza.

Y yo, Moon, me dedico a recogerlas y a coleccionarlas.

De hecho, eso es lo que estoy haciendo ahora mismo con un puñado de margaritas en la mano. Estas son de las que crecen en las grietas de las aceras, prorrumpiendo en docenas de diminutas flores de color rosa translúcido. Sus pétalos son largos y finos como cabellos, o como las hebras de las plumas, o incluso como pequeños milagros. Milagros de los buenos, creo, aunque dudo que mi madre esté de acuerdo. Es el tipo de mujer que echa vinagre caliente sobre cualquier cosa que pueda parecer una mala hierba.